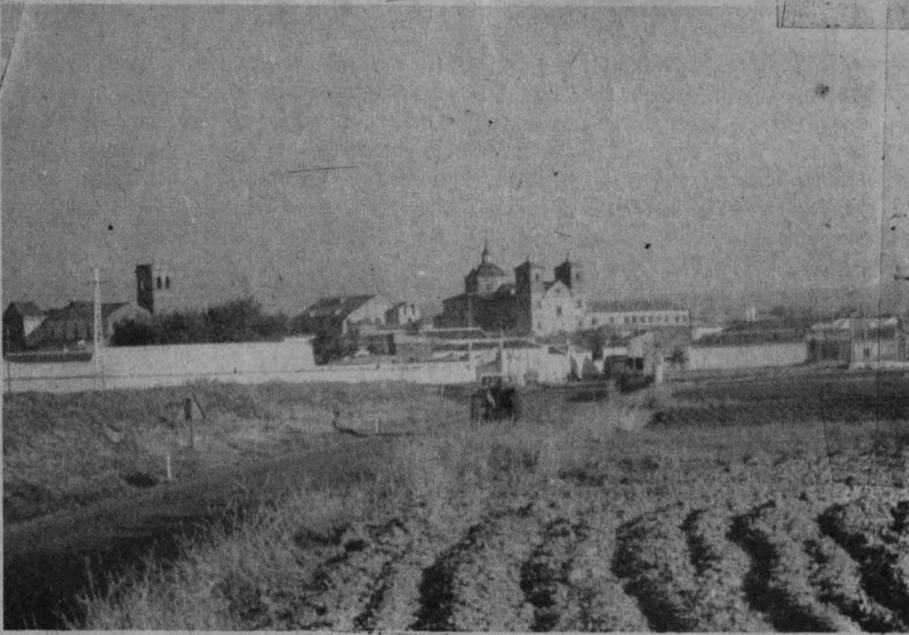


UN PASADO GLORIOSO, UN FUTURO ESPERANZADOR

Lo difícil es saber por donde hay que empezar. Cada esquina te lanza contra las páginas de un siglo distinto. Hay aquí vida petrificada de freyres calatravos, galerías acristaladas de banqueros alemanes, blasones de hidalgos sin cuento, restos de cultura universitaria en cada reja de balcón, recuerdos de escenas sangrientas y ambiciones ilimitadas de un hijo ilustre que se marchó a hacer las Américas y se las disputó a sangre y fuego a otro hispano llamado Pizarro... Lo difícil es saber cómo y por dónde empezar. Almagro es un caleidoscopio inmenso que distrae al viajero en una sucesión de escenas sin cuento ni fin que le impiden centrarse, monótono y uniforme, en un pensamiento o sentimiento que llene de una sola vez el alma.



"En la plaza un trocito de mar, en el mar un trocito de barca". La frase la lanzó, así o parecida un poeta de los que el pasado domingo, día 16, cantaban en un salón del parador nacional de turismo el hermanamiento entre la tierra y la mar con ocasión de la entrega de los premios Virgen del Carmen.

En la mesa había almirantes y hombres de la mar, el rostro curtido por los vientos; entre el público pléyade de políticos que escuchaban reverentes el decir de los vates, uno tras otro. Cuando el poeta comparó la plaza de Almagro con una ensenada y un trozo de mar, nos asomaron sonrisas de conmiseración en las comisuras de los labios. Y sin embargo, ¿hay algo más absurdo que poner una lengua de mar en pleno centro de la Mancha, justo en la plaza de Almagro?

LOS FUGGER O LOS FUCARES

Abandonando los salones del Parador, dejando de lado (o comes o trabajas, no hay tiempo para todo) la comida con las autoridades, a la plena luz del día me puse a callejear por Almagro. No era la primera vez que llegaba a esta ciudad, ayer capital de la Mancha; pero siempre había llegado de noche, con el tiempo

pegado a las ruedas del coche, en un intento de encontrar una entrada en el corral de comedias durante la temporada de teatro. Todavía no había visto su plaza y sus calles a plena luz del día.

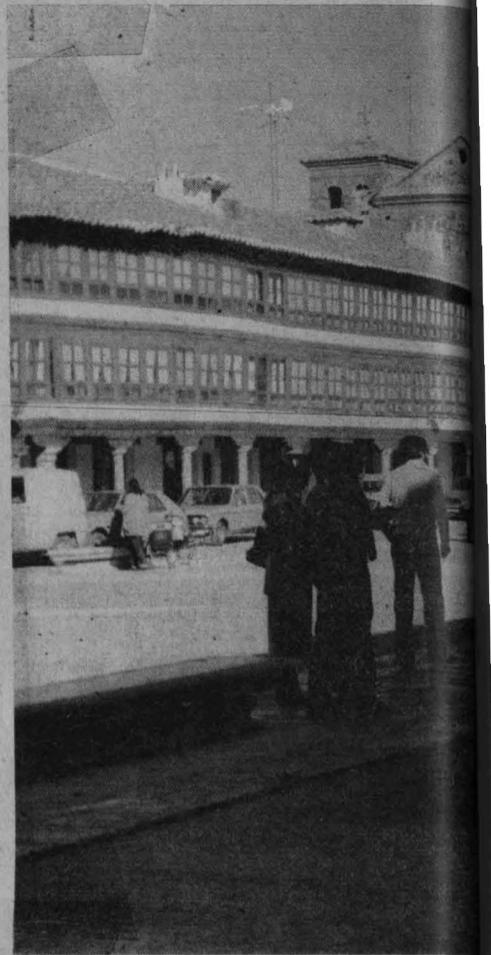
Dirigí los pasos, naturalmente, en primer lugar hacia la plaza. El sol está alto, el cielo era puro (¡jope!, ya está uno tarareando, vete a saber por qué) y la plaza me recibió justamente como si fuera un paraje a la orilla del mar.

Las galerías acristaladas que cabalgan sobre columnas a un lado y otro de la plaza, son las típicas de un pueblecito marino del norte de Europa que al abrir los balcones por la mañana dejan pasar al interior el batir monótono del agua que se estrella mansamente en la playa.

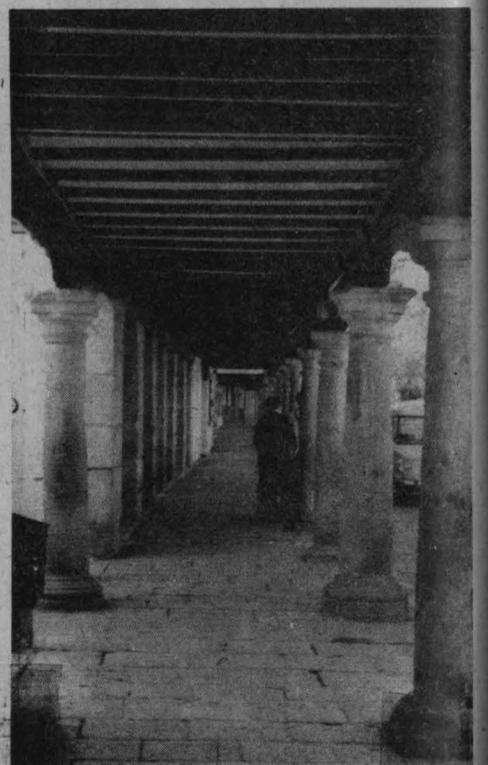
Ni yo sueño ahora, ni el poeta soñaba media hora antes. Tampoco es hora de soñar. El sol está alto en el cenit. Si acaso es el momento de recordar que allá por 1525 el emperador Carlos V estaba empeñado hasta las cejas con los banqueros más famosos de aquel entonces, los Fugger o Fúcares en versión manchega. Estos señores cuya dinastía empieza con el viejo Johannes en el 1409, en la fecha señalada estaban recogiendo los frutos del préstamo de 543.000 florines que hicie-

ran a Carlos y por medio del cual éste logró comprar los votos de los electores y convertirse en emperador. Carlos V para hacer frente a sus deudas con los banqueros, en 1525 los arrendó los Maestrazgos de las órdenes militares de España, que incluían las minas de Almadén. Almagro pasó a ser la capital y el centro comercial por excelencia. Y aquellos señores venidos del norte, que traían en la pupila de los ojos los ventanales vistos en los pueblos flamencos, no dudaron en implantar en plena Mancha una reproducción fiel de los mismos.

Decir que la plaza de Almagro es una joya no pasa de ser un lugar común; recordar como hizo el poeta que en ella se funden el cielo, la tierra castellana y el mar invisible pero presente, tiene más visos de realidad de lo que parece a primera vista. La clave de la metáfora pasa por el oro de unos banqueros y negociantes alemanes que llegaron aquí y aquí se establecieron a principios del XVI.



ALM EL BAILE DI



TIERRA DE CALATRAVOS.

Los letreros de las calles van rezando en voz alta: calle de la Orden, Gran Maestre, Encomienda, Claveraía... Los nombres son las ruinas o los escombros de una civilización que pasó por Almagro antes que llegaran los banqueros alemanes, la civilización de los caballeros freyres de Calatrava.

El día de mañana los potentados que hoy dirigen Almagro dejarán tras de sí, tal vez, una villa de cemento en pleno